

REVOLUCIÓN SOCIAL-PROPIEDAD-CLASES: Coordenadas teóricas de un paradigma crítico y revolucionario.

Lic. Roberto Lima Ferrer

Es fácil ver la necesidad de que todo el movimiento revolucionario encuentre su base, tanto empírica como teórica, en el movimiento de la *propiedad privada*, en la Economía.

Carlos Marx, Manuscritos del 44

La teoría marxista niega teóricamente al capitalismo, evidenciando su principio revolucionario con una epistemología que reasigna una nueva interpretación e implementación de la actividad humana. El aseguramiento de la acción conciente humanizadora descansa en la práctica revolucionaria que se opone como principio y como fin al contenido completo de la propiedad privada y sus consecuencias. De manera que la trascendencia de esta teoría radica en su autonomía histórica, superponiendo la dimensión humanista en el condicionamiento de la revolución proletaria, que no la sustituye nunca, ante los efectos inmediatos y simbólicos de la reforma que institucionaliza aparentemente al ciudadano como un resultado fortuito del capitalismo. El análisis que realizó Marx sobre el capital, su materialidad como nueva visión económica, también sus efectos reflejados en todas las esferas de la vida social y sus mutuas influencias, resulta una denuncia trascendental, se le toma cuando se pretende desarrollar una alternativa al capitalismo y se le niega o deja, cuando resulta improcedente, como es de esperar, para justificar dentro de las reglas históricas que revalidan al sistema capitalista.

Las hipótesis elaboradas por Marx cuando aún el modo de producción capitalista no estaba consolidado porque las monarquías se mostraban opuestas a la superación social en curso, sobre todo en la Alemania de Marx. Al emplear el nuevo método dialéctico que logró desentrañar para la acción revolucionaria de la clase llamada al protagonismo histórico para superar al capitalismo, cambió el empleo de las determinaciones abstractas con que hasta

entonces había operado la filosofía por un pensamiento creador, sobre las condiciones históricas, económicas y sociales concretas que analizó. Estas condiciones difusas, no le resultaron suficientes para determinar en todos sus matices el proceso de agotamiento capitalista como resultado del alto desarrollo que había rápidamente de alcanzar. Por ello señala el camino, determinando el contenido del proceso de desarrollo histórico, develando sus destructivas contradicciones y la salida inexorable a un orden social superior que se le determinó desde lo que Marx denominó *conjunto de las relaciones sociales de producción*: la propiedad como sistema, histórico- concretamente determinado. Al asumir la noción de Formación Económico Social, tal como Marx se la representó y empleó, significa comprenderla como una abstracción general de la historia humana, como el objeto que se concreta en las particulares formas de sociedades que coexisten, para distinguir como determinante a aquella cuya organización significa la desorganización y disolución de formas sociales inferiores, así como la gestación potencial de formas nuevas.

La batalla definitiva durante la segunda mitad del siglo XIX, entre el moderno orden burgués, el caduco orden feudal y el nacimiento germinal de un socialismo diferente desde las concepciones de Marx y Engels, favorece a la nueva teoría revolucionaria en su perspectiva del proceso histórico sin precedentes, en momentos en que el capitalismo estaba en su fase de tránsito del alumbramiento a la definitiva consolidación - de lo cual daría cuenta su entrada en la fase monopolista que caracteriza su estructura económica transnacional imperialista al comienzo de la siguiente centuria. Ello hizo posible una medida del desarrollo desigual y asimétrico de los países europeos y los EE.UU., referentes necesarios en los estudios de Marx y Engels, que a la vez que una visión para determinar el modelo capitalista puro de arraigo y empleo metodológico, que les resultó necesario para modelar la crítica al capitalismo y encontrar los gérmenes de su destrucción dentro del propio sistema, a la luz de la dialéctica revolucionaria que se enfrentó a otras modalidades metodológica para comprender la realidad: las contradicciones entre el desarrollo de la fuerza productivas y las relaciones sociales de producción, las clases, el descubrimiento cardinal del papel de la lucha de clases, la significación y lugar de la **propiedad privada capitalista articulada sobre la base de una** propiedad privada individual responsable genética de conflictos irreconciliables entre individuo y sociedad dentro de ese sistema de relaciones.

La visión posterior sobre estas relaciones, en forma mecánica como se realizó luego por la tendencia de interpretación del marxismo vulgar, escolástico y dogmático, subordinado en esencia a una actividad política muy condicionada por coyunturas, situó el tránsito al comunismo como un salto inexorable y absoluto desconectado del proceso histórico, conduciéndolo a los retrocesos y desaceleraciones que enfrentamos desde finales del siglo XX hasta hoy.

“Hemos partido de los presupuestos de la Economía Política –reconoce Marx. Hemos aceptado su terminología y sus leyes. Damos por supuestas la propiedad privada, la separación del trabajo, capital y tierra, y la de salario, beneficio del capital y renta de la tierra; admitamos la división del trabajo, la competencia, el concepto de valor de cambio, etc. Con la misma Economía Política, con sus mismas palabras, hemos demostrado que el trabajador queda rebajado a mercancía, a la más miserable de todas las mercancías; que la miseria del obrero está en razón inversa de la potencia y magnitud de su producción; que el resultado necesario de la competencia es la acumulación del capital en pocas manos, es decir, la más terrible reconstitución de los monopolios; que, por último; desaparece la diferencia entre capitalistas y terratenientes, entre campesino y obrero fabril, y la sociedad toda ha de quedar dividida en las dos clases de *propietarios* y *obreros* desposeídos¹.”

La tesis de la revolución social proletaria superadora del capitalismo y el lanzamiento de la revolución mundial y permanente como hipótesis avalada por aquella tesis, entraña la necesidad de superación socio-histórica identificada en el nuevo contexto de relaciones sociales, urgidas por la emancipación como hecho emergente de una nueva clase a partir de la segunda mitad del siglo XIX, pero en momentos en que aún la forma política – adelantada como **decisiva** en esta transformación- con la cual el proletariado asumiría las realidades concretas de su emancipación, no se encontraba determinada en sus detalles prácticos, ni podía estarlo, por su carácter **determinado** precisamente por una esencia reproductiva nueva, a construir.

Mientras que la *utopía* –dice Marx-, el *socialismo doctrinario*, que supedita el movimiento total a uno de sus aspectos, que suplanta la producción colectiva, social, por la actividad cerebral de un pedante suelto y que, sobre todo, mediante pequeños trucos o grandes sentimentalismos, elimina en su fantasía la lucha revolucionaria de las clases y sus

necesidades; mientras que este socialismo doctrinario, que en el fondo no hace más que idealizar la sociedad actual, forjarse de ella una imagen limpia de defectos y quiere imponer su propio ideal a despecho de la realidad social; mientras que este socialismo es traspasado por el proletariado a la pequeña burguesía; mientras que la lucha de los distintos jefes socialistas entre sí pone de manifiesto que cada uno de los llamados *modelos* se aferra pretenciosamente a uno de los puntos de transición de la transformación social, contraponiéndolo a los otros, el *proletariado* va agrupándose más en torno al **socialismo revolucionario, en torno al comunismo**, (...) Este socialismo es la *declaración de la revolución permanente*, con la *dictadura de clase* del proletariado como punto necesario de transición para la *supresión de las diferencias de clase en general*, para abrir el cauce a la desaparición de las relaciones de producción en que éstas descansan, para la supresión de todas las relaciones sociales de producción que corresponden a esas relaciones de producción, para la subversión de todas las ideas que brotan de estas relaciones sociales².

Todo parece indicar que Marx y Engels, al emplear para su peculiar análisis las diversas modalidades de Revoluciones burguesas que se sucedieron en Europa, dedujeron directamente de estas el modelo de revolución proletaria, pero si observamos su análisis sobre el capitalismo y las esencias que se develan en el mismo, podremos convenir que el referente transformador inmediato y universal deducido por Marx y Engels resultó ser, en ultima instancia, el capitalismo como modo de producción histórico de cambio, concreción histórica de una Formación Económico Social, pero movido por la polarización clasista que resulta de una alta concentración de la riqueza, frente a una depauperación precoz hacia la pobreza, que origina la tendencia proletarizadora del sistema económico-social en su conjunto.

Existe una velada diferencia entre el carácter mitológico, imaginario y simbólico de una revolución social y la necesidad efectivamente histórica de su realización. La revolución social, significa el despliegue de un elevado exponente de acumulación cultural. Los modelos clásicos así lo demuestran, tanto La Gran Revolución francesa del siglo XVIII, como La Revolución bolchevique en Rusia del siglo XX. Ambos procesos, presuponen el argumento del fenómeno cultural en su naturaleza y alcance realizador para el alumbramiento.

Constituye una reducción mecánica la conexión habitual que se establece entre la teoría de la revolución social elaborada por Marx y Engels y el referente exclusivo y absoluto de La Gran Revolución francesa. Los procesos pre-capitalista en Europa no resultaron coherentes en su desempeño histórico y aparecen todos enmarcados en tricotomías. Esto es, unido al icono socio-político francés mencionado, aparece otro de tipo industrial-económico en Inglaterra, que no distingue su lugar en el tiempo histórico con respecto al primero cuando se les presenta como acontecimiento continental, menos aún sus móviles exclusivos, como para incluirlo en la fórmula de una Revolución Social al nivel de la francesa; igual resulta con el proceso cuyo signo es de tipo cultural y se le atribuye únicamente a Alemania.

De manera similar a esta postura del enfoque histórico fragmentado, aparece aquella otra que se refiere a los presupuestos teóricos que producen las sendas individualidades de Carlos Marx y Federico Engels, nos referimos al socialismo francés, cristalizado al calor de la trama francesa, la economía clásica inglesa argumentadora del capitalismo económico con acento industrial-mercantil y la filosofía clásica alemana como producto exclusivo de los alemanes, en desconexión forzosa de la data de ideas filosóficas continentales.

La reproducción de esta visión de achique esquemático des-estructura genéticamente la abarcadora obra y especialmente su fundamento identificatorio como materialismo histórico, convirtiendo a Marx y Engels en continuadores contemporáneo de Adam Smith en la economía política, de Hegel y Feuerbach en la filosofía y Saint-Simon en el socialismo. Semejante enfoque reproduce la nueva concepción que ellos representaron, con los argumentos de un rico plato de la alta cocina, a la que se le puede restar o agregar algún que otro ingrediente de la sazón según el gusto del consumidor.

Marx y Engels colocaron toda su atención en la condensación de los componentes potencialmente visibles del proceso cultural europeo, por ese hecho, funcional completamente con la nueva naturaleza que distingue su fórmula intelectual, es que ponen énfasis en la economía clásica inglesa, el socialismo francés y la filosofía clásica alemana. Esta elección lejos de desconocer las múltiples ramificaciones e interconexiones, resuelve reforzarlas.

La revolución burguesa, cuajó al calor de una envoltura feudal. El proceso de distinción histórica del modo de producción capitalista hacia su total visibilidad, tiene un efecto inverso para el modo de producción feudal. Estamos frente a una especie de eclipse socio-histórico de modos de producción, donde las fortalezas del que niega poseen una poderosa inmediatez orgánica en el terreno de la cultura y no solo económica, como en repetidas ocasiones se pretende mostrar. Los tiempos inaugurados exigieron de una nueva modalidad para seguir ejerciendo la dominación explotadora y esta “como de manera natural” fue la que resultó.

La fusión de todos los órdenes sociales que provoca el capitalismo en la especial socialización que exige su alumbramiento y proceso de desarrollo, dan por resultado, tanto la polarización económico-social, como la histórica. En el horizonte del alto desarrollo productivo capitalista, también se aloja su agotamiento. La síntesis social-productiva que se identifica en las dos grandes clases que clasifican antitéticamente, a la vez brinda el primer esbozo distintivo entre revolución social burguesa y revolución social proletaria.

“El sistema de apropiación capitalista que brota del régimen capitalista de producción, y por tanto la propiedad privada capitalista, es la primera negación de la propiedad privada individual, basada en el propio trabajo. Pero la producción capitalista engendra, con la fuerza inexorable de un proceso natural, su primera negación. Esta no restaura la propiedad privada ya destruida, sino una propiedad individual que recoge los progresos de la era capitalista: una propiedad individual basada en la cooperación y en la posesión colectiva de la tierra y de los medios de producción producidos por el propio trabajo³.”

La revolución social burguesa rompe los rígidos moldes del absolutismo feudal, constituyéndose en excelente ventana a la *socialización de la apropiación humana en un orden diferente al predecesor*, cautivo por los rígidos e inmóviles estamentos que lo petrificaron en torno al Estado, dando lugar a su estancamiento y asfixia. Los progresos que imprime la sociedad burguesa como socialización transformadora del contenido económico, pero también de las formas con que se define institucionalmente la nueva sociabilidad de apropiación, convierten la existencia de la propiedad en un desvelo que enfrentaría efectivamente para siempre la dominante naturaleza privada excluyente de la propiedad privada a la propiedad social como núcleo articulador de emancipación de una clase y meta

política para la superación de aquel régimen, elevando a nuevos horizontes el proceso de emancipación humana articulada, precisamente, en el cambio de naturaleza reproductiva que se hace acompañar por la extinción progresiva de las clases.

Al unísono de la velada complicidad burguesa, la competencia absoluta del poder monárquico propicia el despliegue del mercantilismo, asentado internacionalmente en su alternativa de ultramar. Este, además de impregnar el fetiche de la plata y el oro a todas las mediaciones que implementa la burguesía, constituye un instrumento de transición a una nueva dimensión del mercado propiamente dicho y su indiscutible apego al capitalismo como agente económico dinamizador de la circulación y el intercambio, por tal motivo resultó en el fundamento teórico y técnico económico desde el naciente capitalismo, que aún perdura con nuevas modalidades; así como también desde el punto de vista práctico se establece un círculo vicioso capitalismo-mercado, en el que se ocultan muchas relaciones que se han de expresar en la ley del valor con respecto a su verdadera dimensión en el capitalismo.

Conforme a la lógica del movimiento real, la vestidura final de la sustancia histórica capitalista, quedo sellada jurídicamente. La teoría política, jurídica, moral, filosófica y religiosa modela sus intensidades en torno al mismo objeto de consolidación. Si el proceso de revolución burguesa resultó la más rotunda alternativa contestataria al régimen absolutista en el feudalismo, es porque este tipo de movimiento está asociado a la democracia anti-absolutista. A la máxima evocación enarbolada por La Revolución Francesa de libertad, hermandad y fraternidad sociales, tendríamos que anexar, a la vuelta, la de mercado y propiedad privada capitalista, con el correspondiente agotamiento justificativo de las clases sociales y el estado de derecho que asiste a las personas que definen sus condiciones de existencia al interior de ese conjunto de relaciones sociales que ya Marx y Engels habían enunciado. En una sociedad humana, “tan coherente” como pretende hacerse ver el capitalismo, carecería de sentido hablar de partes, más bien resultarían los términos de estratos o jerarquías, evidenciados, como de manera natural, hasta en las formas más simples e iniciales de organización social primitivas.

Marx no inventó una crítica, estimó el valor racional de la crítica existente para proponer una nueva racionalidad histórica. En la misma medida que identificó la funcionalidad capitalista y anti-feudal de la racionalidad concebida por este régimen social, descubre que esta no podía

acompañar un propósito mayor, anticapitalista, y se da al empeño de señalar sus deficiencias, analizando el devenir histórico en todas sus manifestaciones visibles y descubriendo las verdaderas esencias de lo aparentemente invisible con el empleo del *enfoque de la totalidad como un producto del proceso del conocimiento*.

En consecuencia, una vez asumido el ejercicio crítico superior, Marx identifica en su tono histórico-concreto la dependencia del ser humano en su totalidad, sobre un fundamento material. Así es que establece una medida de la libertad humana para la cual no encontró una satisfacción en el fragmentado discurso que se construía por caminos diversos, pero finalmente encontrados en el orden socio-histórico capitalista. Esto es, no resultó suficiente la historia moral-religiosa, filosófica, política, social y económica para la creación de un instrumento revolucionario cuya asunción enérgica lograra, en toda su significación humana, la emancipación, de manera que había que superar al capitalismo traspasándolo como un nuevo orden social.

La construcción de la crítica más rotunda a las limitaciones revolucionarias del pensamiento social, filosófico y económico precedente a Marx, se queda fuera del concierto general de ideas de su época por el doble carácter del nuevo enfoque, a la vez materialista e histórico, amalgamado por la esencia de la dialéctica. En semejante fusión, la relación real de la que parte este y que le permite algo más que una teoría de la enajenación, porque es su análisis mismo, identifica el nivel de subordinación humana establecido por la propiedad privada, la división clasista de la sociedad, el Estado como arbitro enajenado de la sociedad, la filosofía como patente ideológica del Estado, y la religión, que representa la apoteosis ante todo problema humano real.

“La transformación de la propiedad privada dispersa y basada en el trabajo personal del individuo en propiedad privada capitalista fue, naturalmente, un proceso muchísimo más lento, más duro y más difícil, que será la transformación de la propiedad capitalista, que en realidad descansa ya sobre métodos sociales de producción, en propiedad social. Allí, se trataba de la expropiación de la masa de pueblo por unos cuantos usurpadores; aquí, de la expropiación de unos cuantos usurpadores por la masa del pueblo⁴.”

A diferencia de la economía política en uso, que es un patrón de desempeño acuñado por la sociedad burguesa y viceversa, donde las categorías más alejadas de la terrenal propiedad privada cada vez resultan más abstractas o falseadas; Marx y Engels despliegan un pensamiento filosófico revelador de lo económico en un orden histórico sustantivo. Paradójicamente la anti-economía política es el riguroso estudio denominado *El Capital*. La antítesis es el trabajo, hasta en sus desdoblados resultados aparentemente despersonalizados en medios de producción e instrumentos de trabajo. Que el trabajo represente el medio esencial de producción y reproducción de la vida social, significa su indiscutible universalidad en el sentido humano múltiple que le asigna a las relaciones sociales para una historia inevitablemente en movimiento.

El empeño encaminado a desarticular la enajenación en un orden general, sistémico, impone la prioridad de analizar la calidad de realización de la socialización, determinando sus tendencias económicas y el correspondiente grado de libertad política que esta indica como su principal e inmediata medida. El funcionamiento de una identidad popular en términos de participación, ***más que ciudadana***, resultaría el indicador clave para medir el alcance de una democracia no ya política, también económica y plenamente social. El hábito de contraponer enajenación-emancipación en busca de una solución liberadora abstracta solo puede ser un ejercicio de laboratorio teórico conducente a un círculo vicioso teórico. La incidencia enajenante de las prácticas sociales, expresión total o parcialmente capitalista, advierten el inevitable camino hacia el análisis del mundo del trabajo. La condición de no extrañeza, ni resistencia frente a la naturaleza humanizada radica justamente en las más decisivas de las emancipaciones, aquella que apunta al trabajo como realización de libertad al logro de la fructífera fusión naturaleza-sociedad que solo pueden concebir trabajadores libres para la reproducción humana de la vida social.

El trabajo, cautivo en una relación de apropiación privada excluyente en todas las expresiones del comportamiento humano, es fuente de enajenación y propulsor de una síntesis clasista piramidal. Toda respuesta política de alcance socio-histórico está dirigida, desde Marx, al producto que conforma la apropiación privada en su modalidad capitalista, identificada como expresión máxima de una reproducción esencialmente antihumana, que, en aparente paradoja, surge precisamente con el propio inicio del proceso de humanización.

La diversidad clasista, se encuentra limitada por un sentido estructural convencional, cuando en realidad sus límites resultan difíciles de establecer en la vorágine del movimiento económico real de apropiación, siguiendo este hilo Marx llegó a determinar la consistencia de lo que denominó “masa del pueblo”.

La representación hipotética de la pirámide advertida en la diversidad, ubicaría en su cúspide a la clase burguesa, sinónimo de poder, explotación y dominación. Si convenimos la existencia de múltiples clases, atendiendo a la diversidad de intereses coexistentes, podríamos llegar a un callejón sin salida desde el punto de vista metodológico, atendiendo al “infinito desperdigamiento de intereses y posiciones -señalados en su momento por Marx- en que la división del trabajo social separa tanto a los obreros como a los capitalistas y a los terratenientes...⁵”. Por esta razón la masa concreta de pueblo, obliga a asumir la crítica al método de la economía política y reconociendo su falsedad, involucrar como fuente de las clases; el trabajo asalariado, el capital. Estos suponen el cambio...⁶

La revolución social proletaria, se le concibió desde su originalidad como el cambio raigal que desata un nuevo proceso histórico. Este no se asumía como la sucesión natural de los modos de producción. A diferencia de la tradición revolucionaria ilustrada inglesa, particularmente escocesa, y la francesa, la revolución proletaria significa un cambio radical, esto es, la raíz del movimiento histórico llamado a efectuarlo, fundaba una identidad de clase: económica, política y social. La fuerza cultural de esta síntesis progresiva, había de estar coronada por la socialización vertiginosamente impulsada por el desarrollo capitalista, efectivo y múltiple, como el logro más progresista que propicia este orden; a la vez el mayor resultado es punto de partida y negatividad contradictoria.

La premura que exigió la organización del nuevo movimiento revolucionario, a partir de los intentos restauradores que se desataron desde 1848, con fuerza visible en Francia, elevaron desmedidamente la capacidad ilusoria de la hipótesis,⁷ ante los peligros del retroceso. Para entonces ya se contaba con la indicación estratégica del paso de la democracia burguesa a la proletaria, contenidas en la indicación de Marx a la Liga de los Comunistas en marzo de 1850, sobre la Revolución Permanente.⁸

La teoría general de la revolución social proletaria, por su universalidad y la capacidad de abstracción que alberga, se distingue del simple hecho revolucionario transformador. En el orden de la teoría general se inscribe la revolución mundial como fin sistémico a un sistema explotador de tendencias mundiales. La historia en su realización revolucionaria, más allá del capitalismo, exigió distinciones. Las denominadas particularidades del cambio socio-histórico indicaron, no solo la especificidad del desarrollo económico capitalista como productor de un nuevo proletariado, sino la obligatoria fusión historia-geografía que asigna contenido a la geopolítica, que como nueva estrategia del imperialismo hasta la actualidad, exigió producir la contra-hegemonía desde el análisis histórico concreto, unas veces de la mano de prestigiosos pensadores (teóricos y políticos)⁹ y otras sostenidas, como posturas estratégicas, por partidos revolucionarios.

La teoría de la revolución de Marx distingue su valor cognoscitivo por el anclaje real que la sustenta. La misma, como producto del pensamiento sobre la historia y una fase determinada de la misma, es una teoría general y por tanto, como reconociera el propio Marx, es una abstracción general de lo común en lo diverso. “Sin embargo, este carácter general, o este elemento común, discernido por la comparación, está organizado de una manera compleja y diverge en diversas determinaciones.”¹⁰

El germen de la transición a un orden superior, resulta irresistible a la racionalidad conformada de la formación capitalista. La manera ilustrativa en que Marx logró expresar la naturaleza de las relaciones que se establecían en cada periodo histórico y particularmente, por adelantado, en el capitalismo, develan las deformaciones estructurales de un sistema, que aún sin haber consolidado su formación, ya daba a la luz su producto reemplazante.

En consecuencia, aquí radica la imprescindible diferencia de partida entre revolución burguesa y revolución proletaria.

La revolución proletaria es la definición conclusiva de Marx de la transformación revolucionaria de la sociedad en su máximo alcance histórico, como *un fin en proceso*. Este hecho anunciado, nace al igual que todos los productos del pensamiento de la interpretación, pero, el mismo se inscribe en las denominadas definiciones generales, nacidas de una nueva actuación. Marx anunció en Las Tesis sobre Feuerbach, el necesario fin de la interpretación

diletante, anti-histórica, abstracta e infinitamente filosófica, para introducir una nueva asunción práctica de las relaciones reales como producto abierto a nuevos y más elevados desarrollos, exigiendo como imperativo filosófico no solo la interpretación sino todo el proceso de relación teoría-práctica como la transformación.

En el propósito de reparar la fractura ser humano/naturaleza, establecida por el pensamiento anterior, en la representación de la diferencia y la unidad como extremos de dos dimensiones absolutas de la existencia, Marx establece la fórmula para concebir las conexiones de lo diferente en función de la totalidad conceptual y objetiva en la realidad humana infinitamente creada, como unidad, dando lugar a la nueva modalidad de conjunción de las definiciones generales y aquellas que distinguen lo específico, en otras palabras: la expresión teórica-práctica de las relaciones sociales como totalidad de los conjuntos. Ello resultó en descubrimiento definitivo al inagotable reservorio de la posibilidad. Esta lógica también distingue la especial relación que expresa lo complejo y el alcance del pensamiento humano en disposición adecuada de su entendimiento e instrumentalización.

En momentos fundacionales, cuando aún Marx y Engels no había aventurado una determinación práctica sobre la emancipación del trabajo asalariado como expresión de su poder frente al capital, esto es, la superación del Estado burgués, ocurrió el hecho de “La Comuna de París” y esa práctica contestataria resultó el alumbramiento primero para traspasar el umbral de la dominación como ruptura en su sentido dialéctico, mostrando las diferencias de la teoría marxista con los propósitos enarbolados por el anarquismo con respecto a la eliminación del Estado y ampliando el alcance teórico y práctico de la denuncia al Estado burgués en su contenido histórico, como expresión política de todas las esferas espirituales que se alzan, según las evidencias mostradas por Marx y Engels, como confirmación de última instancia desde la base económica. Refiriéndose a este asunto, que hasta hoy resulta un icono de ocupación académica y política, apuntaron en *La Guerra Civil en Francia*:

“El poder estatal centralizado, con sus órganos omnipotentes: el ejército permanente, la policía, la burocracia, el clero y la magistratura —órganos creados con arreglo a un plan de división sistemática y jerárquica del trabajo—, procede de los tiempos de la monarquía

absoluta y sirvió a la naciente sociedad burguesa como un arma poderosa en sus luchas contra el feudalismo”.

“La variedad de interpretaciones a que ha sido sometida la Comuna y la variedad de intereses que la han interpretado a su favor, demuestran que era una forma política perfectamente flexible, a diferencia de las formas anteriores de gobierno, que habían sido todas fundamentalmente represivas. He aquí su verdadero secreto: la Comuna era, esencialmente, un gobierno de la clase obrera, fruto de la lucha de la clase productora contra la clase apropiadora, la forma política al fin descubierta para llevar a cabo dentro de ella la emancipación económica del trabajo”.

“Sin esta última condición, el régimen de la Comuna habría sido una imposibilidad y una impostura. La dominación política de los productores es incompatible con la perpetuación de su esclavitud social. Por tanto, la Comuna había de servir de palanca para extirpar los cimientos económicos sobre los que descansa la existencia de las clases y, por consiguiente, la dominación de clase. Emancipado el trabajo, todo hombre se convierte en trabajador, y el trabajo productivo deja de ser un atributo de clase”¹¹.

Un siglo y medio después, ante el empañamiento de aquel despertar primero para iniciar el fin del capitalismo y sus variadas formulas de presentaciones esenciales para asegurar la dominación, cae sobre la teoría revolucionaria de Marx el síndrome de la utopía, ampliándose desmesuradamente el horizonte. El siglo XX ha resultado el polígono de prueba de aquellas predicciones, desde La Revolución de Octubre, hasta la última de una estela que parecía interminable en modalidades por la exigencia de correcciones ante defectos visibles de cada proceso y país, una cosa ha quedado clara; la historia humana verdadera, aún no ha resultado sustantivada por hechos anticapitalistas sin tendencias al retrocesos.

La historia presente exige mayores profundizaciones, encaminadas a determinar el nivel de extensión y *oportunidades revolucionarias* que brinda la actual des-estructuración capitalista como saldo del momento destructivo y catastrófico de sus inevitables crisis, en el encuentro de “la forma política” que modele desde la presente heterogeneidad de los que trabajan y resultan depauperados humanamente, una dirección alternativa que enfrente y cuente con qué trascender al capitalismo. Resulta básico identificar las nuevas formulaciones y aplicaciones que desde en capitalismo pretenden hacer extensivo el triunfo del capital a las nuevas cualidades que muestran como desarrollo científico-técnico esas relaciones de

producción, con énfasis en todo lo relacionado con el método de atrapar la expresión general de las relaciones sociales como globalización con la sociedad del conocimiento y convertir este resultado preliminar a escala mundial, en el nudo desde donde resulta una evidente complejidad el desarrollo presente de la fuerzas productivas.

Frente a los “enfoques que destacan la aparición de un nuevo tipo de producción inmaterial e “informativa” que opera en torno a redes y sanciona un nuevo predominio de formas laborales reguladas por la inteligencia, el deseo y los afectos”, es que resulta posible una restitución de la teoría marxista desde su original método revolucionario para descifrar en el campo de la teoría los entramados de las actuales relaciones sociales capitalistas. Otro ha sido el camino que se sigue actualmente con fuerza, pretendiendo sobre los actuales desarrollos del conocimiento como bases “un espontáneo alumbramiento comunista, resultante de la socialización que impulsa la “nueva economía” del conocimiento y de la subjetividad”. “No aclarar cuáles son los principios que han sustituido a las leyes del capital en la regulación de la economía contemporánea, no ilustran de qué forma el conocimiento reemplazó a la propiedad como fuente de poder, ni indican como las redes suplantaron al mercado en la gestión de la producción”¹².

Resulta imposible entender la teoría marxista al margen de la concepción general de Marx en lo referido a la aplicación de su método de análisis para determinar la esencia del capitalismo, comprobándose que el mismo no se reduce solo al tema de las clases, la propiedad o la revolución, ya que este se propone el entendimiento de la conexión de las relaciones sociales en su conjunto desde sus causas y múltiples efectos que determinan lo regular y estable que define la ley, fin último en el camino de la ciencia.

Desde el enfoque de la lógica de la totalidad en Marx aparece la teoría de las clases sociales y sus luchas como momento de la interconexión de las distintas esferas y campos de actividad objetivo-subjetiva en la sociedad capitalista. De este modo, desandar el camino de construcción teórica (método) seguido por Marx, librarlo de las deformaciones de que ha sido objeto, facilita la comprensión de la pertinencia de dicha teoría, ante las exigencias de las actuales condiciones del capitalismo y de la necesidad de desarrollos cosmovisivos, metodológicos y prácticos que proyecten el entendimiento y aseguren la transformación.

La superación del capitalismo significa a la vez la *negación del sistema de la propiedad privada*, su principal eje mediador de reproducción histórica. El cambio social identificado por Marx y Engels como revolución radical transformadora que enrumba el proceso histórico hacia el comunismo, no resulta como una metamorfosis que convierta, por alguna disposición humana, lo privado en social y desacralice al mercado como recurso perverso desde su afianzamiento capitalista. En el despliegue como proceso de la nueva realidad acompañada objetiva e indefectiblemente por el capitalismo, está la prueba económica y política, material y espiritual del éxito social correspondiente a aquellas predicciones, que aún hoy mantiene viva la competencia alternativa entre los explotados y explotadores frente a la expectativa definitiva de superación.

Cuando Marx y Engels reconocen la existencia de las clases sociales, ello presupone develar en su interconexión la diferencia económica causal, el movimiento, la contradicción, la lucha, el capital, el trabajo asalariado, la división social y la división técnica del trabajo, el Estado, etc. Al margen de este método, expresión de la dialéctica revolucionaria para enfocar la realidad social en su historicidad, las clases representan puntos fijos en un mapa, estratos desconectados, status como recursos de la voluntad y la subjetividad que definitivamente legitiman al capitalismo, es el reverso: cuando más la expresión inconciente de la dialéctica, susceptible a la desconexión subjetiva como productora de relaciones ideales intrínsecas, que caracteriza al método fenomenológico que atribuye el origen de las cosas como vividas en la propia conciencia.

Referencias

- ¹ Carlos Marx. Manuscritos Económicos y Filosóficos del 44. El trabajo enajenado. Editora política. La Habana, 1965. p. 22
- ² Carlos Marx. La lucha de clases en Francia. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973. pp. 182-183.
- ³ Carlos Marx. El Capital. T I, Editorial Pueblo y Educación. 1983. p. 700
- ⁴ Ibid, p. 700
- ⁵ Carlos Marx. El Capital. T III, Editorial Pueblo y Educación. 1983. p. 889
- ⁶ Carlos Marx. Contribución a la crítica de la economía política. Editorial Pueblo y educación. P. 258
- ⁷ Carlos Marx. La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana. 1973. Introducción de Federico Engels 1895. pp. 1-36
- ⁸ Carlos Marx. Circular del Comité Central a la Liga Comunista, Marzo de 1850.
- ⁹ Nos referimos a reconocidos líderes como Lenin, Gramsci, Mao Tse Don, Ho Chi Min, Che Guevara, Fidel Castro.
- ¹⁰ Carlos Marx. Contribución a la crítica de la economía política. Editorial Pueblo y educación. P.237-238.
- ¹¹ Carlos Marx. La Guerra Civil en Francia. Marx y Engels, OE en tres T. T II, Editorial Progreso.pp. 231 y 237
- ¹² Claudio Katz. Comunismo, Socialismo y Transición. Metas y Fundamentos. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2004. p. 16. Nota 13: La tesis informacionista es postulada por Castells, pero Negri las retoma al plantear su versión del comunismo espontáneo (Ver Antonio Negri "Valor y Deseo, en Rodaballo, otoño-invierno 1997, No. 6-7; Antonio Negri y Michael Hardt: Imperio, Paidós, Buenos Aires, 2002 caps. 13 y 16.